

Me siento en mi cama y miro el *Libro de Papá*. Está lleno de fotografías de papá solo, de él conmigo, y fotografías de nosotros tres: papá, mamá y yo. Hay también fotos donde están ellos dos solos, antes de que se separaran.

Como mi madre no tiene en casa ninguna foto de mi padre, yo he hecho este *Libro de Papá*.

Si alguna vez me voy a ver a mi padre a Francia, he pensado que haré un *Libro de Mamá* y lo llevaré conmigo. Estoy casi segura de que mi padre tampoco tiene fotos de mamá en su casa.

Sin embargo, sé que tiene fotos mías. Me lo dijo cuando fue a verme a Inglaterra y yo estaba con varicela en casa de la tía Pam, y por esa razón no pude ir a verlo a su casa de Francia.

Algunas veces hablo con el libro como si mi padre estuviera allí de verdad.

Hoy es una de esas veces.



“Estoy un poco nerviosa al pensar que otra vez empieza el colegio. Va a ser la primera vez que tú no estés para acompañarme el primer día de clase. Y mi mejor amigo, Justo, tampoco estará. Se ha ido a vivir a Alabama.”

Miro la fotografía que mi padre se tomó el día que fuimos al Parque de Atracciones. Se está riendo... y tiene un pegote de algodón de azúcar en la nariz.

Papá no puede decirme nada.

Yo sigo hablándole: “La verdad es que estoy algo más que un poco nerviosa... Estoy asustada. Voy a empezar cuarto... y dicen que cuarto es muy difícil... y en cuarto ya no tendré de maestro al señor Coten. ¿Qué pasará si tengo la cabeza tan llena con todo lo que he aprendido desde la guardería, pre-escolar, primero, segundo y tercero, que ya no me queda lugar para aprender nada más? ¿Y si me toca un pupitre que cojea? ¿O si me

siento en uno donde el año pasado se sentó un niño estúpido y todavía queda estupidez en el banco y se me pega?”.

Casi puedo oír cómo se ríe mi padre cuando le digo esto.

Y casi me río yo también... un poco... Luego sigo: “¿Y qué pasará si nadie quiere ser mi mejor amigo? Ya se me ha olvidado cómo se hace eso de conseguir un mejor amigo. No he tenido que hacerlo desde que estaba en preescolar, y entonces yo no tuve que hacer nada, salió solo”.

Le he dado un beso a la foto.

Casi he sentido en los labios el sabor del algodón de azúcar que él tenía en la nariz. “Y, papá, ahora te voy a contar una cosa: mamá está saliendo con un tipo que se llama Max. Empezó a salir con él mientras yo estaba en Inglaterra. Y me parece que él le gusta bastante. Y ella dice que ella le gusta bastante a él”.

Miro la foto de mi padre.

Sigue sonriendo.

Bueno, pues yo no. “Cuando volví de Inglaterra, mamá quiso que conociera a Max, pero yo no quise”.

Yo no quiero que mi madre tenga un amigo y que salga con él, a menos que ese amigo sea mi padre. Cuando me habló de Max y de que eran amigos y todo eso, me asusté y llore de verdad, no esas lágrimas de mentiritas que una hace que salgan como si fueran de verdad; no, lágrimas de verdad verdadera. Y entonces ella me dijo que no hacía falta que yo lo conociera, a menos que la cosa empezara a ir muy en serio.

Empiezo otra vez a hablar con la foto de mi padre:

“Y esto puede llegar a ser muy serio, papá. Si piensas volver a vivir con nosotras, más vale que vengas pronto. Tengo miedo”.

“Max no vive aquí, vive en otro lugar.

¿Y si mamá y él deciden casarse? Entonces mamá y tú ya no podrán estar casados. ¿Y si ellos deciden irse a vivir al lugar en que vive Max... y entonces yo tengo que ir a otro colegio?”

Mi padre no dice nada.

A lo mejor yo debería llamarle por teléfono y hablar con él en persona, no con la fotografía.

Pero no estoy segura de si yo podría contarle a él todo esto... o decírselo a mi madre... o a alguien.

—¿Qué aspecto tengo? —dice mi madre entrando en mi cuarto.

Cierro el *Libro de Papá* y lo pongo boca abajo; luego la miro a ella.

Se ha puesto una falda negra, una blusa malva y aretes.

La verdad es que me parece que todo le queda muy bien, pero no tengo nada de ganas de decírselo.



—Apesta a perfume —le digo, y hago como que me molesta el olor y arrugo la nariz.

La verdad es que huele muy bien, pero tampoco me dan ganas de decírselo.

Se pone un cinturón negro y se lo abrocha contemplándose en mi espejo.

Se vuelve hacia mí.

—¿A qué hora viene a buscarte Ese-Como-Se-Llame? —le pregunto.

—Max debe de estar llegando ya —ha pronunciado con más intensidad el nombre de él y me mira fijamente.

—¿A qué hora vas a volver? —me meto en la boca un mechón de mi pelo y empiezo a mordisquearlo.

—No lo sé, pero, cariño, no tienes que preocuparte; Juana va a pasar aquí la noche. Y yo estaré de vuelta mucho antes de que te despiertes mañana.

Sigo mordiendo mi mechón de pelo.



—A lo mejor no puedo dormirme hasta que vuelvas.

Mi madre suspira:

—Será muy tarde.

—Te esperaré despierta.

Quiere cambiar de conversación.

—Cariño, no te mordisquees el pelo. Acuérdate de cómo Cheshire, el gato de Angora de tía Pam, anda todo el día con arcadas y escupiendo pelotitas de pelo por la casa. Si te sigues metiendo el pelo en la boca acabarás haciendo lo mismo.

Señala un rincón y dice en plan de broma:

—Habrá pelotitas de pelo de Ámbar por todas partes.

Realmente me parece divertido, pero ni siquiera sonrío:

—Pienso estar despierta hasta que vuelvas, así que no vuelvas muy tarde.

Me mira como si fuera a echarme un sermoncito, pero sólo me dice:

—Bueno.

Yo sé que ella piensa que me dormiré,  
pero no voy a dormirme. Estoy segura de  
que no.